

# Mi ideología es el Evangelio

Jaime Arturo Cabrera Navarrete\*



No podría expresar –no sería justo– una palabra sobre mi experiencia en la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) Panamá 2019 sin mencionar la conmoción que tuvo mi fe en El Salvador (Mag+is 2019) –y preparó mi vivencia en el encuentro con el papa Francisco. Es sabido que El Salvador ha sido una tierra de mártires. El emblemático San Óscar Romero habla por toda su nación: una tierra bañada de sangre de gente que sueña y trabaja por un mundo sin opresión.

Me fue asignada la experiencia de Santa Marta, una población rural cercana a Honduras, a la que el ejército salvadoreño, recurriendo a tácticas de terror, forzó a un exilio en el vecino país en la década del 70. Según algunos de los sobrevivientes, las represiones del gobierno –ya habituales en defensa de los intereses de los dueños de tierras– se recrudecieron cuando los campesinos santamarteanos empezaron a formar grupos de catequesis, en los que estudiaban algunos textos bíblicos.

Fue una apremiante incomodidad para los terratenientes que sus peones explotados, quienes aruñaban la tierra por un salario miserable, encontraran en la Palabra de Dios un aliento de lucha por una vida más digna. Un compañero de experiencia preguntó a una líder: ¿ustedes eran oposición del gobierno, ¿cuál fue su formación ideológica? Ella no vaciló en responder: el Evangelio. Esto conduce a pensar que es compatible, si no consecuente, el inconformismo social con una actitud genuinamente inspirada en Cristo.

Al retornar a San Salvador, conocimos el Museo de los Mártires de la UCA. Seis jesuitas, una empleada y su pequeña hija asesinados por predicar una vida libre de sangre derramada. Este acontecimiento y otras obras expuestas en el museo, exhiben las consecuencias de asumir la fe cristiana en un contexto marcado por la opresión. Profunda y desgarradora experiencia de fe que inflama el corazón: una vez conocidas las dimensiones de una espiritualidad que invita constantemente a la acción, la indiferencia se convierte en una grave irresponsabilidad.

En Panamá, la experiencia empezaba a cobrar otros matices: se producía el gran encuentro con jóvenes de todo el mundo, hermanos en la fe con ganas de renovar la institución a la que pertenecemos y en nombre de la cual se han cometido tantos errores a través de la historia.

Suelen respirarse en las JMJ los aires por soñar con una realidad distinta, con una institución verdaderamente madre que nos acoja a todos, sin excepción y discriminación, bajo la bendición de Jesús, aquel que murió por una sociedad más incluyente. Se veían en las calles mujeres religiosas y laicas exigiendo el sacerdocio femenino y una Iglesia igualitaria, integrantes de la comunidad LGBT+ reclamando *'It's our church too'* y *'I'm equally blessed'*, y otros anhelos de dignidad cristiana.

Por fortuna, las palabras del papa están en sintonía con la esperanza de los jóvenes cristianos: nos exhorta a no tener miedo, nos recuerda que la Iglesia camina con nosotros. El punto

de partida es nuestro propio corazón: desdibujar nuestras fronteras culturales (entendidas como barreras excluyentes) para el encuentro común en la fe o, dicho de otro modo, acoger al otro en su diferencia, valorada y exaltada desde la igualdad ante Dios.

¿Qué sigue después de estrechar dichos lazos de fraternidad?: que el cristianismo contemple como única ley a Cristo. Francisco lo trae a colación recordando a Monseñor Romero: “el cristianismo no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, o de prohibiciones. Así el cristianismo resulta muy repugnante. El cristianismo es una Persona que me amó tanto, que reclama y pide mi amor”.

Volver la mirada sobre María, figura central de esta JMJ, proporciona los alientos necesarios para que todos como jóvenes podamos afirmar con seguridad y sin temor: hágase en nosotros la palabra de reconciliación y amor de Cristo. Un reto por cumplir hoy, sin postergaciones, sin temores, sin pensar en el futuro como si se tratase de una sala de espera: asumirlo como jóvenes que somos, como el ahora de Dios.

Tras agotadoras jornadas, vividas alegrías en las actividades programadas y esperanzadoras palabras del Papa, la fe dejó de ser algo etéreo para convertirse en algo concreto, porque, como él afirmó: “Dios es concreto porque el amor es concreto”. Después de la JMJ, la invitación no es otra que encarnar con valentía, al igual que María, en nuestra propia vida y cotidianidad, el Evangelio como ideología ■

\*Estudiante de décimo semestre de Literatura

**La fe dejó de ser algo etéreo para convertirse en algo concreto.**

de la cual se han cometido tantos errores a través de la historia.